

Spider-Man (4 Estrellas)

Mucha pluma y mucha tinta se gastó tras el aterrador 11 de septiembre en miles de patéticos intentos de atrapar en nuestros días la magnitud de tan trascendente acontecimiento histórico. Uno, cuya pluma y tinta son bastante más modestas pero también, y tal vez por eso, bastante más independientes, no cayó en la tentación de bañar letras y puntos en tan sangrienta pintura, lo que me permitió, a Dios gracias, permanecer alejado de la furibunda ola de lo políticamente correcto que inundó (y que continua inundando) el mundo occidental.

Tal vez por ello, o tal vez porque la única neurona reconocida de mi cerebro ha abandonado el edificio, uno deja para historiadores de vocación análisis más profundos, y se limita a señalar, de la manera más pueblerina e intrascendente posible, que los únicos cambios provocados por el once más triste de los últimos tiempos tuvieron que ver con el cine. Apunten:

Desaparición de torres gemelas de fotogramas, alteración repentina de los “malos” y los buenos (dejando descansar a nazis e indios, y situando en su lugar “moros” y “terroristas árabes”) etc etc etc. Hollywood, esa gran “cabeza” pensante que vela por nuestra integridad, decidió que era el momento de entretener al público por encima de todo, de alejar de su mente cualquier pequeño indicio de realidad que pudiera encontrarse, y que dramas, películas bélicas y demás, deberían esperar mejor ocasión (hagan repaso y díganme cuantas películas sufrieron retrasos, cancelaciones y demás)

Mucha pluma y mucha tinta se gastó en catalogar a Spider-Man como el mejor ejemplo de ese “nuevo cine”. Imagino que la retirada del trailer en el que una gigantesca telaraña atrapaba un helicóptero entre las torres gemelas, hizo de esta película el “gran modelo” de esa tendencia. El regreso a los héroes, el regreso al bueno más bueno del mundo frente al malo más malo del mundo...etc etc etc. Ignoro que pensará Sam Raimi de todo esto, pero por si les sirve de algo mi opinión, la fantástica mamarrachada intelectual que impregnó Hollywood en aquellos tiempos (y que aún perdura) solo fue comparable al inmenso talento de muchos de sus miembros, capaces de envolver en papel regalo, en cine políticamente correcto profundas reflexiones sobre la verdadera naturaleza de los héroes, de los buenos.

Sam Raimi, sin lugar a dudas, es uno de esos nombres cuya mera existencia, justifica a su vez la existencia de tanta mediocridad en el cine. Si esta crítica fuera algo parecido al peligroso batiburrillo “matrix”, aquí vendría algo así como “solo el exceso de lo mediocre garantiza el justo reconocimiento a lo excepcional”. Sin embargo, como Neo duerme (¿duerme?) ya el sueño de las trilogías finalizadas, me intentaré explicar mejor. Sam Raimi es el sueño erótico de todo aspirante a director de cine de terror. Si usted es uno de estos, sabrá mejor que nadie de lo que le hablo. ¿Cuándo fue la última vez que utilizó su vieja video cámara para filmar uno de sus muñecos? ¿Cuántas veces vistió a su perro de horrible monstruo, a su hermana pequeña de alienígena o a su padre de muerto viviente? Sea sincero, y escriba aquí _____ el número de veces que ha dicho a algún sufrido amigo “Con cuatro duros podríamos hacer una genialidad de película de terror”. Sí, seguro que sabe a lo que me refiero, pero por sí acaso, permítame precisar.

Me estoy refiriendo al tipo que tuvo la brillante desfachatez de llenar de plastilina el final de “Posesión Infernal”, el mismo que creó el concepto de “trilogía absurda”, concepto que solo podrán entender si han visto “Posesión Infernal”, “Terroríficamente Muertos” y “El Ejército de las Tinieblas”. Sam Raimi, el mismo que ha llevado la idea de “actor fetiche” a límites casi enfermizos pues Bruce Campbell aparecía ya en los primeros cortos del director, a finales de los setenta (It’s Morder, Within the woods...etc).

Me veo en la obligación de justificar ante usted, querido lector, la razón de mi admiración por este director de aspecto extraño, pues es posible que sea usted del personal “ejército de las tinieblas” que forman los detractores de este director. En mi opinión, aún resacosa de las fiestas navideñas, este director hace gala de los tres principales adjetivos que todo realizador debe mantener bien unidos a su nombre: honestidad, innovación y unas gotas de talento. Honestidad para saber qué “vende” y “cómo lo vende”, sin engaños, sin grandes discursos. Innovación para llevar sus películas a donde, por presupuesto, no merecen llegar (veáse “Posesión Infernal”). Talento para ser capaz de llegar a las más altas cimas de la imaginación, pero también para saber cuándo dirigir por razones “alimenticias”, y saber salir de esas pequeñas encerronas en que se ven metidas los directores independientes de Hollywood.

En estas llegamos a Spider-Man, llegamos a Columbia, a un presupuesto de ceros suficientes como para que un ciego pueda verlos, y a la primera división del marketing cinematográfico. Llegamos a un proyecto acariciado por muchas manos, algunas tan interesantes (época pre-titanic por supuesto) como la de James Cameron o incluso Tim Burton, y llegamos a una de las mejores películas de super-heroes que jamás ha dado el cine. ¿Razones? Básicamente tres: honestidad, innovación y unas gotas de talento. ¿Les suenan?.

En pocas ocasiones un cómic salta con tanta precisión y acierto del papel al celuloide. Batman de Tim Burton o la genial Darkman del propio Sam Raimi eran y son algunos de los precedentes a tener en cuenta (más que nada por la ola de proyectos Marvel que inunda e inundará nuestras pantallas próximamente). Raimi lo sabe, y sigue las líneas maestras que deben dirigir cualquiera adaptación, ya sea de novela, cuentos o cómic. Fidelidad al mismo tiempo que universalidad, respeto al viejo aficionado y al nuevo y sobre todo, seriedad para saber hasta donde puede llevarse la fantasía, pues si bien esta no tiene límite (en esencia) si lo tiene el talante con el que muchos acuden a las mentirosas salas de cine (Nota: la próxima vez que alguien les diga al salir de una sala “esa escena es imposible”, pruebe a responderle “Pues Spider-Man, James Bond, Lara Croft, Jackie Chan o Légolas pueden hacerlo, y yo lo he visto”).

Bajo los acordes de uno de los grandes compositores de nuestro tiempo, el genial, imprescindible y “tim burtoniano” Danny Elfman (por favor, dejen estas líneas y acudan a comprar -banda sonora y película- Eduardo Manostijeras, Batman, Pesadilla antes de Navidad, Sleepy Hollow y Bitelchus), Raimi sitúa un excelente reparto, presidido por la presencia de un espectacular Peter Parker/Toby Maguire y una bella, sensual y moderna MJ/Kirsten Dust.

A partir de estas dos jóvenes joyas del cine americano moderno, y con el homenaje al imprescindible Bruce Campbell (narrador de lucha libre en Spiderman), Willem Dafoe

se come la pantalla en su papel del perverso (al estilo Golum) archi-enemigo y James Franco sobresale en su papel como mejor amigo y competidor amoroso de Peter Parker.

Lejos de la plastilina, los efectos especiales de Spider-Man (Nota: excelente guiño del espectacular doblaje al dejar el nombre del super-heróe tal y como se ha pronunciado siempre en España, es decir Es-Pi-Der en lugar del lógico Es-Pai-Der) son, simplemente, majestuosos, y al nivel del fantástico guión con el que Raimi logra lo que este humilde crítico apuntaba al principio de esta crítica: Se puede realizar una reflexión profunda a partir de un envoltorio lleno de palomitas e intrascendencia.

¿Y cuál es esa reflexión? Un gran poder implica una gran responsabilidad, y todo don tiene su parte de maldición. No es fácil ser héroe, nunca lo ha sido, pero ser héroe consiste en pensar en los demás, y no solo en la gloria personal. Hoy en día, y a lo largo de la historia, todos podríamos señalar con el dedo político a aspirantes a “héroes del mundo”, a salvadores de diferentes causas que se muestran como héroes dotados del don de la convicción de las masas. Raimi, y el excelente guión de David Koepp (Mision Imposible, Ojos de Serpiente, La Habitación del Pánico, la genial El último escalón -también como director-) aprovechan la excepcional actuación del reparto, para escenificar este hecho,...eso sí, sin torres gemelas en el horizonte.

En definitiva, Sam Raimi, y los tres adjetivos básicos de cualquier buen director y cualquier buena película: Honestidad (es una película fantástica, pero medida y tratada), innovación (los “vuelos” de Spider- Man, el vestuario, el desenlace en menor medida también lo es) y unas gotas de talento, componen, en definitiva, una gran película, un ejemplo a seguir por méritos cinematográficos (un nuevo referente para adaptaciones de cómics) y una más que recomendable manera de pasar la noche frente a Digital+.

Lo Mejor: Haber crecido con las aventuras de Spider-Man y verlas ahora hechas realidad. El guión, los efectos especiales, las actuaciones, en especial Toby Maguire. El beso en la pared del callejón. La parte en la que Spider-Man descubre sus poderes. El doblaje, excelente. La versión en DVD (a precios de saldo en diferentes centros comerciales en estas fechas). Que la secuela repita equipo.

Lo Peor: Limitada por su propia esencia. Que alguien utilice este tipo de cine para practicar su frustrada vocación de intelectual. Que cada vez queden menos super-heroes a nuestro alrededor. En un par de escenas “canta” demasiado el ordenador: ¿Aún no se puede conseguir que un actor de ordenador no parezca una marioneta atiborrada de estimulantes?

El Critico-Citrico